

y de la educación, que pueden producirse al margen de las instituciones.

Bluche, llevado del negativismo a la moda entre ciertos escritores de hoy en relación a la Ilustración, sostiene que los llamados déspotas ilustrados del XVIII, en todos los países europeos, hicieron caso omiso de los filósofos y que éstos no participaron para nada en el gobierno de la sociedad (12). Mas no sólo es en el plano de gobierno y de la Administración donde hay que ir a buscar las reformas de los ilustrados: en libros, en enciclopedias, en periódicos, en academias y sociedades llevaron a cabo una labor de transformación de las creencias y aspiraciones. En algunas partes, cuando muchos individuos que habían pasado por esa experiencia se juntaron en movimientos de opinión, llegaron a transformar sus aspiraciones en reivindicaciones, de lo que más tarde había de surgir el conflicto y el cambio; así se había producido en Inglaterra y así se produciría en Francia.

El saber de la Ilustración y los textos en que se expresa no son productos de burgueses del comercio, de la industria, ni siquiera de una agricultura altamente comercializada. No hay ni un solo hombre de negocios, fabricante, gran propietario, de formación empresarial entre ellos; son individuos del clero secular o regular, militares, médicos, pequeños propietarios, burócratas, etc., constituidos en el nuevo tipo del «hombre de letras» que Feijoo conoce y al que hace referencia (13), que Voltaire define en su *Diccionario*, diferenciándolo del *bel sprit* de una época anterior. De ese «hombre de letras», de ese «literato» —voz que tanto comprende al científico como al cultivador de la estricta creación literaria, en el sentido restringido actual— es un buen ejemplo el P. Feijoo (para acabar de estimarlo así sería interesante hacer un análisis psicológico de la figura social de escritor que se revela en los prólogos que encabezan sus diferentes volúmenes: sus reacciones airadas, sus muestras de orgullo, sus justificaciones, su ostentación de propios valores, sus pretensiones, etc.).

Manheim puso en relación dos fenómenos: movilidad social vertical en la época dieciochesca y transferencia del pensamiento de unas capas sociales a otras, y veía en ello la razón de la libertad, quizá diríamos mejor de la desenvoltura intelectual del escritor ilustrado, de donde se engendraría su actitud de duda y de crítica (14). Pero también en los límites mismos de esa movilidad —mejor conocidos hoy que hace unas décadas, cuando Manheim escribía— habría que

(12) *Le despotisme éclairé*, París 1968.

(13) En el prólogo a la *Ilustración apologética*, refiriéndose, como en algún otro lugar, al libro con ese título del padre Daniel Bartolí. La voz «literato» es frecuente en él; varios ejemplos pueden verse en el prólogo al t. I del *Teatro Crítico Universal* (en adelante, citado por T. C. U.).

(14) *Ideología y utopía, trad. castellana*, México, 1941, pp. 10 y 11.

hallar la explicación a los límites bien visibles de esa desenvoltura. Considerando la corta medida a que los ataques críticos de Feijoo llegan, comprendemos mejor que la sociedad española del XVIII alcanzara índices de movilidad muy bajos. Y que si el literato se detiene, también se detiene el burgués, lo cual acontece en todas partes, pero en España sin pasar de más corto radio. Conocemos, sin dejar lugar a discusión, una de las razones que Feijoo tenía para quedarse en esa limitación; lo dice en carta particular, que Marañón publicó —y hasta ese momento había permanecido inédita—, que dirigió a don Pedro de Ponce (7-X-1727): tiene noticia, le dice en ella, de que en Madrid ha llegado a «reinar un Inquisidor general amantísimo de la antigüalla, que está amenazando con el rayo en la mano a todo libro que dice algo de lo infinito que se ignora en España»; añade Feijoo algo más: le han dicho que le es desafecto, y, aunque en Madrid cuenta con amigos que le defienden, tiene miedo de que un día se echen sobre él (15).

Pero Feijoo, en realidad, no se detiene, más bien se adapta, se autolimita. Pertenece a la limitación que caracteriza en su comportamiento al «hombre de letras», al planteamiento que se le ocurre ante la penosa situación del hombre y de la sociedad que contempla alrededor; ese fenómeno tiene para él unas raíces intelectuales y únicamente por el combate ideológico contra la ignorancia y contra los principios que han perdido su validez se puede cambiar tal estado de cosas. Esto, que creía firmemente Feijoo y que confiesa es la razón de que escriba los artículos del *Teatro Crítico Universal* y de las *Cartas Eruditas*, ha sido puesto en conexión casual, precisamente por un marxista como L. Goldmann, con el carácter burgués de los ilustrados: estos burgueses no apelaron ni podían apelar a la revolución y al cambio radical del orden social: primero, porque pertenecían a la burguesía; segundo, porque la revolución responde a una conciencia historicista, es ella misma una idea impregnada de historicidad, y sabido es, sostiene Goldmann, que el siglo XVIII carece de sentido histórico (16). Las dos razones de Goldmann son harto discutibles, probablemente son rechazables. Pero aducimos su testimonio para comprobar que, incluso en una construcción histórica de perspectiva clasicista como es la de Goldmann, el encuadramiento que proponemos de Feijoo resulta, desde luego, congruente.

Desde esa posición social que —desde dentro, podríamos decir— le pone en relación con todas las insuficiencias, errores y tenaces

(15) *Ideas biológicas del P. Feijoo*, Madrid, 1941.

(16) «La philosophie des Lumières», recogido en el vol. del autor *Structures mentales et création culturelle*, París, 1970, p. 50.

falsedades que en el país dominan; que le presta también distanciamiento suficiente para comprender ese estado de cosas en su nefasta presencia, y que, finalmente, le proporciona voluntad y medios de lucha para tratar de vencerlo, Feijoo emprende su amplísima y larga tarea crítica.

En otro lugar me he ocupado de lo que significa el cumplimiento de esta misión —porque así hay que llamarla— de revisión crítica, que Feijoo echa sobre sí, en el campo de la naturaleza, desde las creencias populares hasta las más rigurosas formulaciones de la ciencia física. Aquí me reduciré a considerar estrictamente la proyección de ese espíritu crítico en el campo de la sociedad; por tanto, a su presencia en el pensamiento político y económico-social del autor. Lo primero que nos va a saltar a la vista es la preferente reducción de este punto de vista al área de la situación española, permitiéndonos observar cómo todo el conjunto de sus ideas se desenvuelve y articula sobre el tema de España.

III. LA CRITICA DE UNA NACION. REFLEXIONES SOBRE ESPAÑA

Su imagen de sabio y de filósofo se va a proyectar, muy a lo XVIII, en su papel de educador, que ejercerá a través de su labor de reflexión y crítica sobre el tema de España. Es ésta una manera de planteamiento de los problemas educativos, económicos, sociales, políticos y hasta filosóficos que empieza a darse como una característica acusada en los escritores españoles, por lo menos en atención a las dimensiones que en ellos ofrece. Desde luego, hubo antes escritores que polemizaron con el extranjero, en conexión con una política de captación de opiniones y voluntades relacionada con las conveniencias de cohesionar fuerzas, muchas veces ante la cercanía de un conflicto bélico —bien conocido es el caso de Quevedo—. Claro que desde muy pronto también hay escritores que ponen de relieve y critican aspectos del país que presentan un estado defectuoso o insano —desde Alfonso de Palencia a Marcos de Isaba, a Luis Ortiz, a Gracián, a los cuales habría que incorporar la larga lista de los tacitistas y de los escritores de materias económicas en el siglo XVIII—. De Torres Villarroel conocidos son sus pasajes autobiográficos, en los que critica con singular vivacidad la escuela de su tiempo y, con ello, el estado de las familias y de la sociedad (17). Pero esto de llevar a cabo lo que Cadalso lla-

(17) *Vida*, ed. y estudio de G. Mercadier, Madrid, 1972. La imagen de este escritor se halla en trance de revisión profunda tras los estudios de E. Suárez-Galbán: *La vida de T. V.: Literatura antipicaresca, autobiografía burguesa*, 1975, y G. Mercadier: *D. de T. V. Masques et miroirs*, París, 1976.

maría «la crítica de una nación» (18) es, en su amplitud y en su pretensión de reforma del estado general de un país —en este caso España—, una actitud nueva, por lo menos en su presentación. Iris M. Zavala ha llamado la atención sobre la relación de Feijoo con la tradición española, con la tradición crítica y reformadora, sobre la que cita una serie de escritores de la época barroca, nombres cuyo número podría aumentarse, sin duda, marcando una línea que también seguirá Campomanes, como es de sobra conocido (19). Pero en Feijoo, como en esos otros ilustrados que le siguen, hay algo más: hay toda una sistemática consideración del estado de España, de sus causas y efectos, un análisis de sus males en las esferas que la mentalidad ilustrada reputa más decisivas, una crítica general de la nación. Las consideraciones disconformes y reformistas que se suscitan en España están, seguramente, inspiradas en una conciencia de contradicción entre el estado de grandeza y prosperidad, que se piensa —por lo menos, hasta Campmany— era el que gozaba el país en un tiempo anterior —el siglo XVI—, y la depresión paralizadora que lo ha hecho descender en la centuria inmediatamente anterior. Esto lleva a esa doble postura de reivindicación de un pasado español y de estudio analítico de los precedentes más próximos que se interpretan conforme a un esquema de «decadencia» estudiado con gran despliegue de erudición por Sainz Rodríguez (20), y más recientemente en un discutible artículo por W. Krauss (21). Esta actitud no se inicia con Feijoo, sino que se encuentra en políticos y economistas del siglo XVII, cuyo esbozo tendrá un amplio desenvolvimiento en el siglo XVIII; pero se amplía en su panorama, se renueva y moderniza en sus bases, con Feijoo, de manera que alguno de sus planteamientos llegarán hasta nuestros días. Coincidiendo con los ilustrados posteriores, que nunca dejaron de dirigir su mirada hacia el mundo de fuera, buscando información en ideas y experiencias de otras partes, movidos de su cosmopolitismo, Feijoo se levanta contra la burda limitación de aquellos que ni frecuentaron el trato de extranjeros ni la lectura de libros ajenos, protesta de los que por su incapacidad jamás «espaciaron su espíritu fuera del recinto de la patria» (22).

«Yo escribo principalmente para España», confesaba Feijoo (23).

(18) «Cartas marruecas», Madrid, Clásicos Castellanos, p. 56. Véase mi estudio: «De la Ilustración al Romanticismo: el pensamiento de Cadalso», en *Mélanges Jean Sarrailh*, París, 1966.

(19) «Tradition et réforme dans l'oeuvre de Feijoo», publicado en el volumen de varios autores, dirigido por M. Launay, *Rousseau et son temps*, París, 1969; véanse pp. 51 y ss.

(20) *Evolución de las ideas sobre la decadencia española*, Madrid, 1962, en especial, páginas 99 a 112 y 235 a 283.

(21) «Sobre el concepto de decadencia en el siglo ilustrado», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 215, 1967.

(22) *T. C. U.*, t. I, disc. 15.

(23) *C. E.*, t. III, c. 31.

Muchos años después de haber dado comienzo a su obra y cuando otros se habían colocado a su lado en el tajo, Feijoo declaraba que hay «mucha maleza que desmontar en España» (24), «aún resta mucho terreno que desmontar en España» (25). Cuando quiere justificar por qué no escribe de Teología y ha optado, en cambio, por cultivar la «literatura mixta» o «ensayística», hace pública esta reflexión: de publicar escritos teológicos y no científicos: «¿qué fruto resultaría a España?, ciertamente ninguno» (26). Esta actitud tomará desde muy pronto un aire dramático, semejante al que luego inspirará a un Unamuno y que suscitará el tópico del «dolor de España»: «El descuido de España lloro porque el descuido de España me duele» (27). Estas palabras revelan que escritos que se atienen en principio a un planteamiento científico limitado («Causa del atraso que se padece en España en orden a las Ciencias Naturales», «Sobre el adelantamiento de las ciencias y artes en España») se insertan, sin embargo, en una perspectiva general.

Un planteamiento de tales caracteres despierta ya, desde el primer momento, una acusación igual a la que luego se repetirá contra cada uno de los críticos que se sucedan—Soto Marne le tacha de antiespañol, a la vez que de «afección heretical» (los dos grandes «pecados» que la reacción imputa desde entonces a los pensadores inspirados en un sentimiento de libertad) (28)—. Pero ello no impedirá que en esos mismos años en que aparecen los pasajes citados de las *Cartas eruditas* se difunda una enérgica crítica en otros escritores. Campillo, ministro favorecedor de Feijoo, en su escrito «España despierta» (1743), dará una versión no menos política a su dolor sobre el estado del propio país: «Voy a escribir de España, contra España y para España; escribo de España lo que no quisiera escribir, escribo contra España porque la retrato tan cadavérica como hoy está y escribo para España deseando sea lo que debe ser» (29). Mayáns llegaría a poner de relieve en su actitud aspectos de particular irritación: «Aunque soy amantísimo de las glorias de España y procuro promoverlas cuanto puedo, desestimo las falsas, y entre tanto que en España no

(24) C. E., II, 13.

(25) C. E., II, 23 y 13.

(26) C. E., III, 31.

(27) El pasaje pertenece al discurso «Honra y provecho de la Agricultura», en *T. C. U.*, t. VIII, disc. 12.

(28) La referencia a este lamentable episodio, por su valor significativo, se viene repitiendo desde que lo citó M. Pelayo en *Historia de los Heterodoxos españoles*. Lo recoge Delpy, *ob. cit.*, cap. VII, «La polémique», pp. 227 y ss.

(29) Edición de A. Elorza acompañada de un interesante estudio preliminar. El volumen comprende, en primer lugar, la edición de otro escrito de Campillo, «Lo que hay de más y de menos en España». En el exordio de este segundo texto dirá el autor: «la lástima y el dolor de ella (España) son los poderosos estímulos que me animan», «avisar a la patria del estado de su desgracia no es otra cosa que encaminarla a la dicha», pp. 34 y 113 de la ed. de Elorza, Madrid, 1969.

se permite desengañar a los crédulos, me alegro que haya eruditos extranjeros que lo procuren» (carta de 1751) (30). Cuando, unos años más tarde, el abate Gándara lleve a cabo un planteamiento semejante, en sus *Apuntes sobre el bien y el mal de España* (1759), declarará que ha escrito la obra a instancias que le dirigiera el propio rey Fernando VI (31). Desde Juan Amor de Soria hasta León de Arroyal, la orientación de sus posiciones críticas hacia el tema de España es bien manifiesto (32).

Esa inclinación que hemos señalado y que, en una u otra medida, todos comparten, explica el despertar del interés, en términos ya más modernos que barrocos, por la Historia, y específicamente por la Historia de España. «Estudiar Historia es estudiar las opiniones, los motivos, las pasiones de los hombres», afirma Feijoo (33)—el pasaje es traducción parafraseada de un capítulo del marqués de Saint-Aubin—. Esa ampliación del panorama historiográfico y su superación del simple marco externo político le harán pensar a Feijoo: «Para ser historiador es menester ser mucho más que historiador» (34). El no hará nunca historia, pero necesita contar con ella, aclararse su condición y su papel. El P. Ceñal ha señalado muy acertadamente que en su programa de ilustrado alcanza un particular relieve su actitud ante la Historia (35). No se trata únicamente de poderse librar de caer en falsedad de fuentes, de creencias, de leyendas, etc.—cuya obra crítica, como ya hemos dicho, ocupa una buena parte de su obra—. El P. Ceñal le atribuye, incluso, intentar en cierto modo «la extensión del matematismo a la verdad de la historia» (36). Claro que esto hay que entenderlo en el muy limitado sentido en que se puede descubrir también en el P. Burriel y en algún otro, que no alcanza a la labor historiográfica en ningún momento.

Hemos de destacar con preferencia el arranque en Feijoo de una interpretación histórica que dará base para integrar, en una realidad social concreta, la visión ilustrada de las posibilidades de reforma de un país. El planteamiento empieza siendo más bien pesimista: «No es dudable que la diferente temperie de los países induce sensible diversidad en hombres, frutos y plantas.» «... Si no es tanta la

(30) Citada por A. Mestre en *Historia, fueros y actitudes políticas*, Valencia, 1970.

(31) La obra no se publica hasta 1826, en el t. 1 de *Almacén de frutos literarios*, Madrid.

(32) Véase mi estudio «Las tendencias de reforma política en el siglo XVIII español», publicado en *Revista de Occidente* núm. 52, julio de 1967. Romá y Rosell (*Las señales de la felicidad de España*, Madrid, 1768, pp. 289-290) se preguntaba si no han hecho más daños los propios nacionales, con su fatuidad, que los extranjeros con su sátira.

(33) *Suplementos al Teatro Crítico Universal*, que se publica ya en 1741, pp. 107 y ss.

(34) «Reflexiones sobre la Historia», en *T. C. U.*, t. IV, disc. 8.

(35) «Feijoo, hombre de la Ilustración», en *Revista de Occidente* núm. 21, diciembre 1964.

(36) El autor hace referencia al discurso de Feijoo «Regla Mathematica de la Fe humana», *T. C. U.*, t. V, núm. 1.